

## CAPITULO VI

### Porfias y batallas del cuerpo con el alma.

Triste suerte verdaderamente la suerte de Filippo. Ya ningun recurso le quedaba en el mundo. Habia vendido sus trages, jugado su dinero, y no tenia en lo porvenir segura otra cosa mas que la miseria y la muerte. Las últimas prendas de su vestir, los muebles últimos de su zahurda, todo desapareció en la necesidad de satisfacer á las primeras exigencias de su vida. Desde el desnudo camaranchon, por cuyos agujeros mas que ventanas, penetraba la luz del día tristemente, veía con dolor que, de no tomar algunas supremas resoluciones, aquella luz resultaria la última luz llegada á sus entristecidos y apagados ojos en este mundo. Los acontecimientos se dispusieron de suerte, ora por obra de la fatalidad, ora por obra de su propio albedrío, que no le restaba sino optar entre el diablo y Dios. Muchas veces pensaba en evocar al rey de las tinieblas, traerlo á su presencia por esta evocacion, decirle sus cuitas, venderle en escritura trazada con su sangre el alma, y pasar los años que le restaban de vida en el placer y en la abundancia, entre juegos, danzas, jácaras, orgías. Hiciéralo de grado, sin dudar un punto de la inmediata aparicion de Satanás al conjuro de un jóven despechado, si á sus desornadas pasiones, á sus arraigados vicios, á sus ideas naturalistas y semi-paganas no uniera, por una de esas extrañas contradicciones tan frecuentes en su tiempo, fé y devocion exaltadísimas. Antes ó despues de un desafío en que vertiera su sangre y la agena; antes ó despues de un asalto al palacio y al honor de una doncella; antes ó despues de lanzar al juego sus últimos dineros y sumergir su inteligencia en mares de vino, postrábase rendido al pié de una imagen de Cristo ó de la Virgen, consagrando-

les con fervor oraciones por cuya virtud se creia libre de todo peligro, dispuesto á buena muerte y seguro de eterna bienaventuranza. Hombre así no podia darse al diablo.

Tenia que consagrarse á Dios. Tenia que penetrar en asilo de penitentes y de solitarios, en aquel monasterio donde pasara su niñez, y ofrecerse á Cristo, con cuya austera compañía no le era posible satisfacerse, dado su ánimo siempre dispuesto á todos los combates, á todos los placeres y hasta á todos los dolores del mundo. Pero ¿cómo evadirse de esta suprema imposicion de la suerte? Los conventos en la Edad Media eran el asilo de todos cuantos les pedian refugio, y con especialidad, el asilo de los pobres. De no entrar en su seno, tenia que ir á mendigar su sopa ó que alargar la mano como un pordiosero á la limosna pública. Y esto último ¡qué humillacion para su altivez! qué escándalo en Florencia! qué placer procurado á sus enemigos y émulos! qué sonrojo tan triste como la misma muerte! No, no podia pasar por eso. Aunque su natural esforzadísimo se revolvía contra la fatalidad, y procuraba dominarla, reconocía como tarde ó temprano habria de rendirse ciegamente á la necesidad: que el hombre, conjunto de elementos contrarios, ángel y béstia, animal por un lado de su naturaleza y espíritu puro por otro lado; con necesidades de satisfaccion inmediata y con necesidades de imposible satisfaccion aquí en la tierra; lleva dentro de sí mismo, no solamente las contradicciones del error y de la verdad, sino los combates de nuestros múltiples fatalismos, naturales, orgánicos, incontrastables, los combates necesarios con la espontánea libertad.

Éter, luz, calor misteriosísimo, la vida, que recojida del seno de la naturaleza, empapada en los jugos mas vulgares de la tierra; con sus raíces en el estiércol, á la manera de las plantas, y alimentada de los despojos de la muerte sube y sube como una esencia incomprensible, recogiendo aquí un átomo de hierro ó de cal, allí una gota de agua ó una chispa de electricidad, en este punto el aliento de las flores, en otro punto el rayo de las estrellas, para absorberlo todo, desde los detritus del organismo hasta los suspiros del aire bajado de los cielos, desde la carne á la manera de una alimaña feroz en su desierto, hasta la luz en cuya esencia se animan y vivifican los ángeles; convirtiendo al fin toda sustancia en esa otra sustancia impalpable, vivificadora, perdida en la inmensidad, infinita como los espacios, eterna como los tiempos, y que se llama con este nombre divino de idea ó de pensamiento, en cuya profundidad se contienen y se encierran hasta las revelaciones de Dios. Ya que somos ángeles, ya que somos espíritus puros, como los espíritus celestes, ya que si sentimos á manera de las plantas y de los animales, tambien pensamos, debíamos sostenernos y nutrirnos de las ideas puras, sin necesidad ninguna de alistarnos entre estas numerosas legiones que batallan constantemente en la guerra eterna de la vida y que nos imponen la necesidad de matar si no queremos morir. Volamos por los espacios etéreos como los

querubines y los serafines poseidos de éxtasis; tenemos una virtud creadora como Dios mismo allá en las esferas del arte; somos como el arpa que repite todas las armonías de la creacion, y como el sacerdote que eleva al cielo las oraciones de todos los séres y como el mundo intermedio entre el Criador y la criatura; pero, apesar de tanta grandeza, á cada paso tropezamos en una piedrecilla que nos detiene, caemos en una tentacion que nos somete á la materia, sufrimos un dolor que nos recuerda nuestro humilde origen, y pasamos como el soplo de los aires, como las nubes inciertas, como los vapores fugaces, como los ensueños y las ilusiones del alma.

Cuando pensaba en esto Filippo, sentia vivísimos deseos de invocar la muerte y hasta de buscarla por su propia voluntad, ya que Dios le ha dado al hombre la disposicion completa de su existencia. «Muerte, solo temible al que goza de una vida bienhadada, decia, ¿por qué no vienes en mi busca, y con tu aliento de hielo, apagas este fuego para ningun sér, para ningun objeto, para ninguna persona hoy necesario, ni siquiera para mí mismo, y cuya ardiente llama no puedo alimentar y sostener? La muerte guarda avara su secreto: no responde á ninguna palabra, no ofrece sino el frio y el silencio y el hedor de su corrupcion á nuestras interrogaciones. Dime si bajo esos gusanos que desde aquí vemos en el cadáver, se oculta ó no el florecimiento de una nueva vida como en la semilla deshecha se oculta la raíz de una nueva planta. Ya que tengo la idea de lo universal y de lo eterno, debia recibir y reflejar en mi seno el universo, y poseer la eternidad; ó ya que débil individuo animado, estoy sugeto á las enfermedades propias de la contingencia y á la cadena del límite, debia morir todo entero con la resignacion propia de los mortales, sin que ninguna idea de otra vida, ni aspiracion ninguna al mas allá despues de la tumba, viniera á perturbar el acto natural de mi agonia, ni á pesar como una pesadilla sobre mis párpados cerrados por el eterno sueño de la muerte.

Pero, infeliz, te elevas en momentos de desesperacion y de miseria, en que debieras reconocer mas plenamente la humildad de tu origen, á la soberbia de Lucifer, sintiendo como deseo de corregir y de enmendar las divinas obras. ¿Qué seria de tí sin todos estos contrastes y contrariedades y contradicciones continuas? ¿Qué seria de tí? Subes en alas de tus ideas al infinito, y caes por la pesadez y la inercia de tu cuerpo aquí en la tierra; sientes los instintos que con todos los animales te confunden, y forjas las ideas que te confunden con los ángeles; eres un poco de ceniza, como el barro cocido por el alfarero, y un sol tan luminoso, como el sol de los orbes, por la luz inmortal del pensamiento. ¡Morir! ¿Te horroriza la muerte, acto natural como el nacer mismo? De la vida proviene la muerte y de la muerte la vida. Amar es morir. El amor no seria creador si no fuese destructor al mismo tiempo. El cadáver que vuelve á la materia inerte y que en podre se descompone y deshace, abona la vida material, como el estiércol

abona el campo: que si en nosotros, al morir, se rompe y desaparece cuanto tenemos de comun con la naturaleza, es para que brille con mayor claridad y suba en mas rápida ascension hácia las alturas cuanto tenemos de espíritu. Romper la lámpara que contiene la luz y el ánfora que contiene la esencia no es extinguir la luz ni disipar la esencia, no mil veces. Acerquémonos á la muerte, como se acerca á la llama la mariposa, para derretirse en su crisol, que todo lo purifica, cuanto hay en nosotros de terreno y elevarnos al luminoso ideal con que hemos soñado en nuestra estrecha cárcel, á la eternidad y á lo infinito.

Llevado por estas confusas reflexiones decia Filippo.

Soñamos con todas estas cosas, y cuando de tales sueños volvemos, nos herimos contra la triste realidad. Es cierto que acariciamos la muerte, pero como puede acariciarse una lejana apoteosis al fin de larga campaña fecunda en porfiados combates. Por de pronto lo necesario es vivir. Para la muerte nada nos hace falta, basta con una insicion en las venas ó con un tósigo en las entrañas, y cuanto mas desnudos caigamos en brazos de la naturaleza, mas cercanos ¡ay! nos hallaremos de su seno, fetos ayer y mañana cadáveres. Para vivir lo necesitamos todo, hasta la exhalacion que pasa por la atmósfera, y necesitamos de todos, hasta de los gusanillos casi invisibles que anidan en el polvo de la tierra. Y yo necesito vivir, porque tengo sed de amor y sed de gloria. Yo necesito vivir, porque mi corazon guarda mucho fuego con que alimentar otros corazones. Yo necesito vivir, porque mi inteligencia atesora muchas ideas, con que iluminar otras inteligencias. Yo necesito vivir, porque mis ojos ven líneas en la naturaleza y colores en los aires que deben reproducir y fijar mis pinceles. Yo necesito vivir, porque mi inspiracion me lleva ciegamente á encender y avivar muchas inspiraciones. Si ahora me arrojara á la eternidad de un salto, como puedo hacerlo en un momento, me llevaria conmigo muchos tesoros que Dios me ha confiado para repartirlos entre mis semejantes y depositarlos en los senos de la tierra.

Siento en mí el afan de vivir. Necesito participar de la existencia de todos los séres, compartir sus aspiraciones y sus dolores. Así como el mal ageno os da compasion, la agena alegría y felicidad os dan deseos de vivir. Yo me bañaria en la esencia de las flores como tantos innumerables insectos; uniria mi voz á ese coro inmortal que en primavera componen las aves sobre sus nidos ocultos entre el follaje recién brotado y henchido de savia; me sumergiria con los plateados peces en los senos del mar como una de sus halgas; subiria á manera del águila mas allá de las nubes, tendiendo mis alas sobre los vientos, abrasando mi sangre en las chispas del rayo para recojer en mi retina de diamante la luz del sol; me dilataria por los campos á fin de beber como el arbusto las gotas del rocío, ó para mirarme como la pálida luna en la linfa del arroyo; correria desbocado como